

sí propio, en lo corporal y en lo psicológico. Todos sus educadores han de aspirar a infiltrarle personalidad, carácter, decisión, autonomía, confianza en sí mismo. Sólo así serán leales y habilidosos y eficaces cultivadores de su razón; sólo así ejecutarán una verídica labor didáctica; sólo así merecerán ser llamados pedagogos.

*Este puro cultivo de la razón infantil es un principio fundamental de la Pedagogía, que puede ser expresado también nominándole respeto a la independencia del niño.* Son dos expresiones verbales que corresponden a una sola idea. Porque cultivar con pureza la razón del niño es igual a respetar su independencia, la libre gestación y consolidamiento de su individualidad.

Quiero hacer notar esta dualidad expresiva, porque, no pocas veces, una sola concepción ideológica, expuesta con distintos vocablos, parece tomar el cariz de dos concepciones diversas, dando lugar a errores y a discusiones inútiles.

Segundo cimiento: Los castigos y los premios son dañosos.

Los castigos, aunque no sean corporales, aunque no mortifiquen físicamente, son siempre afrentosos y por lo mismo antidocentes. La ruta de las afrentas no finaliza jamás en la buena educación, en el puro laboreo de la razón. Al afrentar a un niño, se le va convirtiendo en hipócrita, en indigno, en rencoroso; se le desnaturaliza y se le corrompe; se le anulan sus rasgos personales más salientes; se le impele a desconfiar de sus aptitudes; se le sugiere desfavorablemente, mostrándole como un escarpado inaccesible la posibilidad de su regeneración; se le truncan las alas para toda remontación perfeccionatriz. Castigar a un niño es declararle sin miramientos esencialmente inferior a los demás; es decretar en público su sentencia de gradual invalidación; es estigmatizarle con la marca de irredento; es someter el dinamismo decursante de su intelecto, a la creencia intoxicadora y estática de una maldad suya constitutiva, que no tiene, [que no puede tener.

Es muy fácil observar y patentizar que no hay niños saturadamente buenos, ni saturadamente malos. En los buenos existe algo malo, como en los malos existe algo bueno. Arreglada estaría la Humanidad, si fueran posibles semejantes divisiones, tan opuestas y taxativas. La bondad y la maldad son apreciaciones

convencionales, no siempre iguales para todos, que obedecen a complejas y abundantes causas y concausas entretrejidas, en considerable porción ajenas a la voluntad de las personas. Sería un absurdo suponer que los nombrados malos lo son por su gusto. Son malos, porque cuantiosas fuerzas extrañas, superiores a sus fuerzas de resistencia, los empujan, los arrastran y los vencen. Nadie quisiera ser malo. Todos los que lo llegan a ser, lo son a pesar suyo, resignándose dolorosamente con su adverso y triste lote del reparto social, como el hijo que se resigna ante la muerte inevitable de su madre.

Muy cierto es que puede ser exaltado el individuo, y reformado en más o en menos el ambiente, reaccionando contra este; pero no entraña una menor certitud que no todos los seres disponen de vigores suficientes, para poder consumir dicha reacción contra el medio. La educación y la instrucción robustecen y pulen las facultades; más las facultades, por varios motivos, no son cuantitativamente similares en todos los individuos.

En contraposición, premiando a los niños, se les muda en vanidosos, engreídos, disipados, soberbios; al par que se despierta la envidia de los demás. El resultado es causador de daños, para los unos y para los otros; y por consecuencia, antididáctico. De cada diez mil niños, podría encontrarse uno que, al ser premiado, no se cambiara en pedante, despótico y despreciador de los que quedaron sin premio. El mejor, el más anhelado galardón debe ser, para todo niño, la satisfacción entrañable de sentirse bueno, de verse adelantar en conocimientos, de percatarse de su ascenso hacia la múltiple refinación. No hay premio alguno que valga tanto cual esa complacencia emocional de las entrañas. Provocar en los niños tanta complacencia es lo perpetuamente pedagógico, sano, fraternizante, cultural y prodigador de venturas para todos. Cuando no se castigue ni se premie a los niños, serán buenos y estudiosos por el sencillo a la vez que intensísimo placer de serlo; en lo cual se basa la ética más alta y la supremacía más exquisita.

J. M. BLÁZQUEZ DE PEDRO.

(Concluid).

Lo bello vale tanto como lo útil. Tal vez más. *Victor Hugo.*